

La tarde más triste, una década después

JESÚS PRIETO MENDAZA | ANTROPÓLOGO. PROFESOR COLABORADOR DE LAS UNIVERSIDADES DE DEUSTO Y SALAMANCA

24/02/2010

No calléis. Dad palabra al dolor. El dolor que no habla, gime en el corazón hasta que llega a romperlo». (Shakespeare)

Han pasado ya diez años desde que Jorge Díez Elorza, un joven ertzaina de 26 años fuera asesinado junto al portavoz socialista en el Parlamento vasco, Fernando Buesa Blanco, la persona a quien protegía. Diez largos años, ciento veinte meses, tres mil seiscientos cincuenta días, casi noventa mil inacabables horas que han supuesto para sus allegados momentos de auténtica tortura.

Durante todo este tiempo me he fijado en la evolución de los familiares de Jorge -como también lo he hecho con mi querida Natividad Rodríguez y su familia- y los he observado como amigo. He seguido su proceso de duelo durante estos diez largos años y es a través de ellos como me he acercado a la teoría del profesor Martín Alonso, quien rememorando a Jean Améry nos habla de la razón desposeída de las víctimas. De cómo a las víctimas se les expropia de su sentido y de su valor, se les deshumaniza, se les somete a la muerte hermenéutica. Este hecho no es exclusivo del horror nazi, también en Euskadi hemos permitido que determinada ideología cercana haya utilizado la indigna frase que el nacionalsocialismo acuñó para referirse a las víctimas del holocausto: vidas indignas de ser vividas.

Podría seguir escribiendo sobre este hecho, pero no lo voy a hacer. Mi epístola de hoy quiere reproducir parte de un artículo que marcó el final de mi silencio cobarde y el inicio de mi colaboración como articulista en este diario. Fue publicado el 28 de febrero de 2000, han pasado diez años y denuncia, desde un inmenso dolor, el hecho luctuoso que recordamos y una de sus más terribles consecuencias: el ulterior asesinato simbólico de las víctimas:

«La tarde más triste»

Nos encontramos doloridos, aturcidos y profundamente confundidos en la tarde del sábado 26 de febrero del año 2000; casualmente año internacional de la educación para la paz.

En las proximidades de la Avenida de Gasteiz, me di cuenta de que algo extraño se estaba gestando aquella soleada tarde de febrero.

Los autocares vomitaban gentes con ikurriñas y carteles de apoyo al lehendakari. La estética de los manifestantes me llevó a pensar en un principio en una contramanifestación de corte radical, pero estaba equivocado, eran los simpatizantes del partido en el gobierno.

A la altura de la cafetería Aitzgorri, un grupo de esos manifestantes foráneos comentaban en euskera: «Vamos a dar una lección a estos alaveses españolistas». Mi incredulidad inicial estaba rozando la indignación. No sin dificultades, llegué a la plaza de la Constitución y pude observar a un grupo reducido, en esos momentos, de personas con el lema Basta ya. Francamente me dieron mucha lástima.

Había decidido que mi obligación como habitante de esta ciudad era acudir con la familia de las víctimas. Ése, y no otro, era el objetivo de aquella movilización.

Pedí un cartel a un joven conocido y me instalé entre la gente que contemplaba el paso, casi militar, de los manifestantes que apoyaban con sus gritos al primer ciudadano de Euskadi. Sus miradas hacia nosotros, el menosprecio reflejado en sus rostros, los carteles de 'Lehendakari aurrera' golpeando nuestras caras... en unas décimas de segundo pasaron por mi cabeza todos los acontecimientos dramáticos vividos en este país en las últimas dos décadas.

Cuando el presidente de nuestro autogobierno y las autoridades de su gabinete pasaron por allí, varias personas gritaron '¡Libertad!'. La respuesta de los portadores de las enseñas vascas -mi bandera también- fue horrible, inenarrable.

Visiblemente nervioso y asqueado me alejé de allí. Sólo al cabo de media hora y cuando tuve noticias de que mis compañeros habían logrado hacerse un sitio aquella tarde, me integré entre las gentes que caminaban con el colectivo Gesto por la Paz.

Pero... no me fui. Me quedé en la plaza de la Virgen Blanca. Quería, necesitaba ver a la viuda e hijos de Fernando Buesa, a los familiares de Jorge, no era

curiosidad morbosa, no, era un imperativo, un ejercicio de solidaridad indispensable para mí aquella tarde.

Observé a los manifestantes llegar en silencio, sólo roto por aplausos, sin odio ni acritud. La plaza comenzó a vaciarse lentamente, miradas tristes, silencio y seguramente una no desdeñable dosis de decepción.

Después de 15 años de lucha pacífica, de aguantar estoicamente agresiones, insultos y escupitajos... ¿Qué tenemos? ¿Qué país dejamos como herencia a nuestros hijos?

El cielo azul, la temperatura cálida y el sol que había brillado en la tarde del sábado no podían sacarme del triste, frío y nauseabundo pozo en el que me habían sumido.

¿Quiénes?

Ustedes y yo lo sabemos.

Han pasado diez largos años. Muchas cosas han cambiado, afortunadamente, pero todavía el cáncer que corroe a esta sociedad no ha sido superado. Es necesario que esta ciudad, que este territorio, que este país, superen la alargada sombra de aquella fatídica manifestación; una sombra tenebrosa que aun hoy nos cubre con un halo de amargura. Las trincheras, las fracturas, las separaciones que aquella tarde, de forma tan irresponsable, se produjeron no han sido definitivamente superadas hacia esa, cada vez más utópica, transversalidad. Decía Montaigne que no existe el presente. Que lo que llamamos el presente no es otra cosa que el lugar de unión del futuro con el pasado. Estamos en ese punto.

Y... no podemos esperar diez años más para dar el paso.

Junto con Lamartine, es hoy tiempo de recordar a esos corazones de hielo que aún quedan, que lo mejor que el hombre puede dar es, después de su sangre, una lágrima.